



EL SENTIDO DOMINICANO DEL ESTUDIO

FRAY JESÚS DÍAZ SARRIEGO, O.P.

1. INTUICIÓN INICIAL

Los dominicos fuimos fundados por Santo Domingo de Guzmán en el siglo XIII. Para comprender mejor las intuiciones fundacionales de Domingo y de los grandes personajes que concurren en la vida de la Orden desde sus primeras décadas de existencia, tales como San Alberto Magno y Santo Tomás entre otros, se precisa conocer la realidad social del siglo XIII en el continente europeo.

Asistimos a principios del siglo XIII a una crisis social con respecto al estudio. En el siglo XII había habido un gran desarrollo intelectual en algunas élites eclesiásticas. Los clérigos estudiosos se dedicaban sobre todo al derecho civil o eclesiástico, siendo más juristas que teólogos. No lograban una predicación que despertara en los oyentes un mayor acercamiento al Evangelio. Los concilios de aquel entonces (III de Letrán, 1178; IV de Letrán, 1215) conscientes de los efectos negativos de esta crisis en el ministerio de la predicación, establecen que cada iglesia catedral tenga un maestro con la misión de instruir gratuitamente a los clérigos de esa iglesia. Posteriormente la instrucción de los clérigos se ampliará a toda la diócesis.

La predicación del Evangelio, en plena Edad Media, había decaído y degenerado de tal manera que algunos grupos sociales comenzaron a reaccionar. La acción de Domingo de Guzmán fue clarividente a este respecto: No se puede hablar de Dios –intuyó– al margen de las realidades que viven los seres humanos. Para penetrar en su realidad se requiere el ejercicio de la inteligencia, apoyada ésta en los recursos del pensamiento y de las ciencias. Santo Domingo llegó a la conclusión de que el dominico tiene que estudiar a fondo. Tiene que reflexionar en profundidad sobre lo que está acaeciendo en este mundo desolado, en algunas ocasiones, por el sufrimiento





y el sin sentido. La reflexión teológica será más adecuada cuando se deja interrogar por los principales problemas que azusan la conciencia de la humanidad.

Esta intuición inicial tomó cuerpo en una Orden, la dominicana, para la que el estudio sigue siendo considerado no como un mero aprendizaje de saberes, sino como una ‘sabiduría para la vida’; no como un orgullo que aplasta, sino como el mejor servicio que se puede ofrecer al mundo; no como una mera pragmática u oficio, sino como ‘compasión intelectual’. Una forma de compasión que presupone la comprensión de la realidad y una forma de comprensión que lleva a la compasión. Esta es la dimensión más sapiencial en el ejercicio del estudio dominicano. Por ello, dedicarse al estudio, en dominicano, es responder al cultivo en la búsqueda de la Verdad.

Desde esta intuición inicial se despliega una confianza en la realidad terrena y humana. Todo lo humano no es negativo sin más, es potencialidad y fuente de posibilidades a desentrañar y profundizar. Este esfuerzo de racionalidad llevó a muchos dominicos, a lo largo de la historia, a establecer puentes entre Dios y el hombre, entre lo divino y lo humano. Pero también a ofrecer ‘intercambio’ de los hombres entre sí. Todo lo humano se convierte de esta forma en configurador del estudio dominicano.

2. BÚSQUEDA

Con toda probabilidad, muchos de vosotros, apreciados lectores, habréis experimentado en la vida la presencia cercana de una persona que os ayudó a mirar la realidad de otra manera. Esa persona –maestro de vida para vosotros– ha sido o sigue siendo alguien relevante en vuestra vida personal.

Aquel que nos haya enseñando a ‘saber mirar’ será especialmente valorado por nosotros. Sobre todo cuando nos percatamos de que ‘saber mirar’, en el fondo, no es más que ‘saber vivir’ con cierta profundidad. ¡Pues bien! el estudio, para los dominicos, tendrá mucho que ver con el esfuerzo de ‘saber mirar’ para ‘saber vivir’, despertando en cada persona su capacidad para admirarse de todo aquello que configura la existencia. Porque, no hay duda: ‘la enseñanza de la vida está en las lecturas que hacemos de ella’; es decir, vivir la vida no es vivirla del todo, si no se vive de forma reflexiva y, por lo tanto, espiritual. Esta forma de vivir nos acerca a la Verdad de Dios y a las verdades que anidan en nuestro interior.

Para desarrollar en nosotros esta capacidad de búsqueda disponemos de muchos recursos. Uno de ellos, entre otros, es el estudio o cultivo de la inteligencia. No despreciemos, por tanto, las posibilidades de nuestra inteligencia. Ella –la inteligencia–, con su capacidad de análisis, es la que sabe descubrir matices,





coincidencias y nexos. Si la inteligencia no actuase, posiblemente no caeríamos en la cuenta de los mensajes que el ejercicio de la vida nos ofrece. Es necesario ‘pararse a pensar’, para ver si los hechos recientemente acaecidos, si lo que ocurre a nuestro alrededor, nos arrojan luz sobre alguna verdad ya conocida o por conocer.

Cuando fijamos nuestra atención sobre algunos personajes de la historia de la Orden de Predicadores nos percatamos de cómo en lo dominicano siempre ha primado un cierto cultivo –con hondura– de las diversas ramas del pensamiento, especialmente de la filosofía y la teología, como deseo de un mayor conocimiento de Dios, de los hombres y del mundo, a la luz de la fe y de la razón. Hay una preocupación permanente por el cultivo de las facetas intelectuales, un deseo de saber y de no quedarse en planteamientos sencillos. Existe inquietud por calar en las esencias de las cosas y de los seres; hay vocación y tendencia por la ciencia y la sabiduría.

3. EL ESTUDIO ENTRE LOS DOMINICOS

En el ejercicio dominicano del estudio aparecen dos rasgos que definen, de alguna manera, la trayectoria histórica y espiritual de la Orden de Predicadores. Aquellos que se expresan en dos afirmaciones, convertidas en lema de los dominicos: la afirmación ‘VERITAS’, es decir, ‘Verdad’, y la reflejada en el dicho de Santo Tomás, ‘*contemplata aliis tradere*’, traducida por ‘contemplad y dad lo contemplado’. Ambas expresiones y sus implicaciones enriquecen y alimentan nuestra espiritualidad.

A. Primer rasgo: Veritas

Las Instituciones religiosas o civiles, sobre todo aquellas que provienen de la Edad Media, disponen de emblemas, símbolos, escudos que las identifican. En el escudo de los dominicos, llamada también Orden de Predicadores, aparece un lema –yo diría– sublime y ambicioso: VERITAS –Verdad–. El ideal de esta Orden religiosa ha sido definido en reiteradas ocasiones como el ‘ideal de la Verdad’.

Pero, en palabras de fr. Guibert de Tournai, podemos decir que: “Nunca descubriremos la Verdad si nos contentamos con lo descubierto... Los escritores que nos precedieron no son nuestros señores, sino nuestros guías. La Verdad está abierta a todos; aún no ha sido ocupada”.

¿Qué quiero expresar con las palabras de este autor?: poner de manifiesto que la Verdad no es monopolio de nadie. Además, antes de que surgieran los dominicos –en el siglo XIII– existía esta expresión para denominar a otros grupos sociales y eclesiales. Por tanto, sería una osadía imperdonable que los dominicos nos apropiásemos de la Verdad. Lejos de esta Orden esa intención.





La búsqueda de la Verdad es un proyecto y un ideal para cualquier ser humano. ¿Quién no añora explorar la Verdad que se encierra en sí mismo, en aquellos que le rodean, en la naturaleza, en los acontecimientos que tienen lugar? Con el lema VERITAS, los dominicos no hacemos más que recordar un ideal para toda persona. Porque no debemos olvidar una convicción: ‘fuera de la Verdad todo se construye en falso’.

Debemos llegar a los hombres en su deseo de Verdad. Los dominicos intentamos contactar –aunque no siempre lo consigamos del todo– con los hombres en su búsqueda de la Verdad. Es decir, tenemos que relacionarnos con los hombres y mujeres de nuestro tiempo en su aspiración a conocer las cosas tal como son, a comprenderlas. Lo que caracteriza al máximo la mentalidad dominicana es el sentido de la Verdad de las cosas, que evidentemente no puede separarse de la Verdad del hombre y de la ‘Verdad de Dios’... este estilo dominicano debe aparecer también en nuestra manera de abordar los problemas y de aclarar las soluciones. No hay Verdad sin totalidad.

Ahora bien, el ideal de la Verdad es sublime, pero también es fácilmente sublimable. Por eso conviene mantenerse ‘fieles a la tierra y a la historia’, para no caer en falsos idealismos. La Verdad es la realidad misma. Por ello fr. Vicente de Couesnongle pedía para los dominicos un sexto sentido: el sentido de la Verdad objetiva, la Verdad de las cosas, que nos sitúa a igual distancia de la mistificación y de la moralización. La Verdad de las cosas es más real y objetiva que todas las sublimaciones y mistificaciones a las que con frecuencia sometemos la realidad. La Verdad de las cosas, del hombre y de Dios, es más consistente que todas las moralizaciones que con frecuencia inspiran nuestros discursos evangelizadores.

Este ideal de la Verdad, retomado por la Orden de Predicadores, permitió poner de manifiesto en dicha Institución religiosa la importancia esencial que tiene el estudio en el proyecto dominicano. El estudio, entendido como búsqueda constante de la Verdad, se vuelve un componente fundamental del proyecto de vida de los predicadores. Este es el sentido exacto del lema de la Verdad, del ideal de la Verdad, de la denominación como ‘Orden de la Verdad’ que reclamados por los dominicos. Es el único sentido válido. ‘La Verdad –reitero– aún no ha sido ocupada’. De esta forma, el ideal de la Verdad o el estudio constante de la misma es más un compromiso o un desafío que un simple motivo de orgullo.

B. Segundo rasgo: la actividad contemplativa

Hablar hoy de la contemplación dominicana, en la dinámica del estudio, merece la pena. No sólo porque sigue habiendo dominicos que la ejercen en su vida espiritual, sino también porque conecta muy bien con las principales aspiraciones y necesidades de nuestros contemporáneos.





Un autor dominico insistía en que “la contemplación dominicana no tiene el sentido de mera inquietud y acallamiento, al estilo de las grandes órdenes contemplativas por excelencia”. Para el dominico contemplar es dejar abierta la vía del intercambio; es llevar a su reflexión los afanes del ser humano y de devolver con un efecto de bendición y divinización las respuestas, las oscuridades o los interrogantes, iluminados por la luz y el calor de Dios. No siempre, por suerte, tendremos respuestas, siendo lo más cristiano entonces mantener nuestras ‘relaciones de incertidumbre’.

Vivir en la contemplación, al estilo dominicano, genera personas de encuentro. Encuentro entre Dios y los hombres. Y encuentro de los hombres entre sí. Por eso la contemplación dominicana intenta ser una ‘teología de Dios para los hombres’ y una ‘antropología del hombre para Dios’.

Blondel llegó a decir que ‘todo, aquí abajo, se sostiene por lo de arriba’. Esto es cierto, pero es igualmente cierto que todo lo de arriba adquiere peculiar sentido por lo que acontece aquí abajo. De no haber sido así, ¿qué sentido tiene para los cristianos el grandioso misterio de la Encarnación? ¿Acaso no fue una ‘humanización’ de Dios y una ‘divinización’ del hombre? La contemplación dominicana también quiere mirar con intensidad ‘a lo de aquí abajo’. No es, por tanto, un escape espiritualista que olvide al hombre y a su realidad.

El ejercicio espiritual en lo contemplativo se vuelve compasión. Conmoverse e impresionarse ante lo que le sucede a la gente y lo que esto significa para ellos, es un modo de percibir la presencia de Dios. ‘Compasión’ es contemplación en el sentido dominicano. Compasión contemplativa es aprender a mirar a los otros de manera desinteresada. De este modo, está profundamente unida con la pasión por un mundo justo. Una sociedad que no entienda bien la contemplación difícilmente ejercerá la justicia desde Dios; se mantendrá igualmente alejada de la gratuidad divina, porque habrá olvidado cómo mirar al otro desinteresadamente.

Cuando estamos al final de una época, para algunos grandiosa; cuando nos debatimos todos, jóvenes y adultos, entre incertidumbres y sin sentidos; cuando sufrimos la marginación, las desigualdades, la violencia, el aburrimiento, el abandono, los abusos, la soledad, las injusticias, las reivindicaciones, la pobreza, el derroche, el cansancio, las rupturas, las carencias y tantas cosas que nos envuelven, nos golpean..., resuena como tabla de salvación la llamada al hombre interior, a la entereza interior, a la recuperación del hombre integral. Y ello sin misticismos raros, sin cerrazones, sin desentendimientos del mundo duro, de la vida tensa. Para conseguir esto, la disciplina del estudio será uno de los recursos que mejor tenemos a nuestro alcance. La tradición dominicana nos orienta en una dirección a la hora de manejar nosotros el quehacer en el que estamos inmersos. Sobra decir que el camino dominicano es uno entre otros muchos. Eso sí, resulta apasionante para quien llega a comprenderlo y a vivirlo.





Espiritualidad del fraile dominico

Vivir el descubrimiento del ‘hombre interior’, aquél que deseamos llegar a ser, bajo la luz dominicana de la contemplación y la acción... salva más: porque es una salvación de encuentro; de encuentro con el fondo del ser personal sin ambages ni engaños, con el afecto de Dios, con la vida problemática...

FRAY JESÚS DÍAZ SARIEGO, O.P.

